

352. Dios, entendimiento infinito, es la verdad en su fuente, la verdad en su esencia, la verdad en su extension infinita: luego el hombre, entendimiento limitado, verdad contingente, debe tener en primer lugar su entendimiento universalmente subordinado al entendimiento divino. Dios, voluntad inmutable, y por consiguiente, poder infinito, es el único dispensador de esa felicidad suma que el hombre busca y que sin embargo no puede realizar por sí mismo; porque su voluntad, variable y contingente, no es capaz de esta clase de producciones. En Dios la voluntad es el poder; en el hombre la voluntad es el querer. Luego el segundo deber que el hombre tiene es el de someter su voluntad á la divina, esperando únicamente de ella la adquisicion de su felicidad. Dios, infinitamente bueno; pero infinitamente libre, promete y hace el bien; pero con una entera libertad. En consecuencia puede concederlo de una manera absoluta, ó poner condiciones al ejercicio de su bondad en favor de los hombres. Habiendo pues dotado á estos de una plena libertad y hécholos por tanto capaces de merecimiento, les ha ofrecido de facto la felicidad, pero dándoles al mismo tiempo la facultad y la lei de merecerla. Bajo la tercera relacion, Dios es legislador de los hombres; bajo la segunda, causa esencialísima de la felicidad; bajo la primera, fuente de la verdad. Siendo pues el fin de estas relaciones la union del ser necesario con el ser contingente hecho á su imágen, y no siendo ni aun concebible tal union, sin que estén subordinados el entendimiento, la voluntad y la libertad del ser contingente, al entendimiento, la voluntad y la libertad del Ser necesario; refiriéndose á estas tres cosas todas las facultades del ser, es claro que las relaciones que tenemos con la Divinidad nos descubren como el primero de todos los deberes el de subordinar á él todo el sistema de nuestras facultades; y como la direccion de todas las facultades á un objeto determinado es lo que constituye el *amor*, resulta demostrada, como la primera

lei, la de amar á Dios sobre todas las cosas. Ahora bien, este amor se clasifica por el órden en que puedan distribuirse nuestras facultades, y estas se refunden en el entendimiento, la voluntad y la libertad: un entendimiento subordinado á Dios, cree por solo su palabra, como en la suma verdad; una voluntad subordinada á la de Dios espera por solo sus promesas, como en el poder infinito; una libertad subordinada á la de Dios, sacrifica todos los objetos á la práctica de sus leyes, como el medio único é infalible de llegar á poseerle, y por consiguiente de adquirir un bien sumo, puro é inmortal. Lo primero constituye la *fé*, lo segundo constituye la esperanza, lo tercero la caridad. Luego la *fé*, la esperanza y la caridad, son las ideas componentes del culto divino, y en ellas se comprenden por lo mismo todas nuestras obligaciones para con Dios. Hablemos ahora con la separacion debida sobre cada una de estas tres virtudes.

CAPITULO I.

DE LA FE.

353. Esta palabra, derivada de la voz latina *fides*, corresponde á las acepciones de creencia, confianza, persuasion. Estas acepciones tienen una idea comun, y es la firme adhesion del alma á una cosa que reconoce por verdadera. Dos son los medios de llegar á este resultado, la manifestacion de las cosas ó la noticia que de ellas debemos al testimonio ajeno. En el primer caso el hombre reconoce por verdadero lo que ha visto por sí mismo, lo que ha percibido con su propia inteligencia; en el segundo cree lo que no ve, pero tiene por verdadero, atendido el valor del testimonio. Lo primero forma el convencimiento, lo se-

gundo constituye la fé. Esta es pues, en su sentido mas lato, *el asenso firme de nuestro entendimiento á las verdades que se nos transmiten por un testimonio que á nuestro juicio es irrecusable*. El testimonio puede venir de los hombres ó de Dios: en el primer caso nuestra fé es humana, en el segundo divina. La fé unida con la caridad es *viva*, la que de ella está separada es *muerta*: considerada en nuestro entendimiento, existiendo de facto aun cuando actualmente no se piense en ella, es *habitual*; pero cuando se piensa actualmente en ella haciéndose una profesion interior ó exterior, es *actual*. Llámase *explícita*, cuando se hace una profesion distinta y actual de todos y cada uno de los artículos dogmáticos; é *implícita*, cuando se comprenden todos en una expresion general aunque se hable particularmente de algunos.

354. Hasta aquí hemos considerado la fé con relacion á los dogmas, en cuanto son conocidos y profesados por el hombre; pero debe notarse, que otras veces se toma esta palabra, como sinónima de *doctrina*, y comprende solo aquello que debemos creer. Así pues la toma San Pablo cuando dice: *evangelizar ó predicar la fé, obedecer á la fé, regenerar de la fé, &c. &c.*

355. Hemos dado una idea de la naturaleza de la fé, y recorrido la serie de sus mas comunes y usuales acepciones. Al proceder de esta manera, nos hemos propuesto fijar y distinguir perfectamente las ideas, con el objeto de establecer con precision y claridad las consecuencias naturales que se derivan de la misma nocion que nos formamos acerca de la fé. Las cosas sobrenaturales y misteriosas que creemos en consecuencia de la revelacion, exceden con mucho la medida de nuestra natural inteligencia, y son por lo mismo oscuras para nosotros; pero las razones ó motivos que determinan con tal fuerza nuestro asenso en favor de estas verdades, son tan claros y concluyentes, que no podríamos proceder de otra manera, sin rebelarnos en cierto modo con-

tra nuestro propio entendimiento. Mas no porque sean tan evidentes los motivos de nuestro asenso, deja de ser meritoria nuestra sumision á las verdades reveladas: porque cuando hay sacrificio hai mérito, cuando hai violencia, hai sacrificio; y el entendimiento, propenso naturalmente á distinguir y clasificar los objetos que se le proponen como verdaderos, y sujeto al mismo tiempo á no dar un solo paso en el órden sobrenatural, sufre una violencia, hace un sacrificio y contrae un mérito positivo. Este estado de violencia, las propensiones naturales á resistir, el deseo que forman las pasiones de borrar hasta los últimos vestigios de estos dogmas que las enfrenan con el temor, y por último, la libertad humana, que de ordinario se extravía en la eleccion de los medios, y comunmente se rebela contra las inspiraciones de la doctrina evangélica, bien claramente descubren que la conservacion de la fé viene á ser imposible, si no concurren á ella la gracia y la naturaleza. Consideramos pues, como otras tantas consecuencias de la nocion de la fé: primero, la evidencia de sus motivos; segundo, la oscuridad de su objeto; tercero, el mérito de su profesion; cuarto, la gracia que la sostiene y fecunda; quinto, la necesidad que la impulsa el órden compuesto de la naturaleza y de la gracia.

CAPITULO II.

DE LA ESPERANZA.

356. Definese la esperanza: "una virtud teologal é infusa, por la que esperamos de Dios con confianza el auxilio de la gracia en esta vida, y la eterna felicidad en la otra."

357. Puede haber fé sin *esperanza*; pero no puede haber *esperanza* sin fé: ¿cómo esperaríamos lo que no creemos? Tambien S. Pablo dice, que la fé es el fundamento

de la esperanza. Los teólogos llaman *esperanza informe* la que no está acompañada de la caridad, y puede hallarse en los pecadores; y *esperanza formada*, la que en los justos está perfeccionada por la caridad.

358. La esperanza, como las otras virtudes, tiene un motivo que la determina, un fundamento que la apoya, unos medios que la realizan, fecundan y sostienen. Sus motivos son, como los de la fe, la existencia é infalibilidad de las promesas divinas; su fundamento consiste en los méritos de Jesucristo, cuyo sacrificio cruento paga la inmensa deuda del pecado; sus medios son nuestras buenas obras; y como estas son imposibles en su bondad teológica, sin la correspondencia eficaz del corazón á los dones de la gracia, pueden reducirse en último análisis á la gracia correspondida eficazmente de la naturaleza.

359. Considerada la esperanza bajo el primer punto de vista, es objeto de todas las controversias que se han suscitado sobre la posibilidad, necesidad y existencia de la revelación: cuestiones de que ya hemos hablado en los preliminares de esta obra. Considerada bajo el segundo punto de vista, conduce al exámen de los misterios de la Encarnación y de la Redención bajo sus relaciones con la felicidad. La práctica de los medios que realizan, fecundan y sostienen la esperanza cristiana, no es mas que el ejercicio de la caridad, objeto que va á ocuparnos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

DE LA CARIDAD.

360. En la caridad vienen á tener su plenitud y consumación las dos virtudes de que ya hemos hablado: porque la fe y la esperanza no viven, no tienen perfección, no tocan á su objeto, cuando falta la caridad. La fe, mostrándonos en Dios todos los misterios de su perfección infinita

y la plenitud de verdad y de bien que satisfacen á todas las aspiraciones de nuestra alma, engendra en ella todos los grandes y nobles sentimientos que inspiran en su esencia infinita, la verdad con sus luces, la bondad con sus beneficios. Mas estos grandes objetos de nuestra fe, en medio de su inmensidad y perfección, lejos de ser estraños á nosotros, se ligan y estrechan de tal suerte con todo nuestro ser, que vemos en ellos, y solo en ellos, en toda su plenitud, nuestro fin y nuestra felicidad. La fe nos manda creer cuanto Dios nos ha revelado, y en esta revelación divina descubrimos dogmas que nos ilustran y promesas infalibles que nos llaman á los cielos. Desde el momento mismo en que hacemos la profesión de nuestra fe, sentimos nacer en nosotros esa otra virtud que nos hace dulces todos los sacrificios, y que ha cambiado en flores y luces las tinieblas y el polvo del sepulcro. El que cree, tiene lo necesario para esperar, y el que espera ve convertido el sepulcro en un pórtico silencioso que le facilita el tránsito para otro mundo mas bello. La fe que nos muestra Dios como la verdad infalible y el bien por esencia, la esperanza que nos anuncia de su parte, que el hombre ha sido hecho para disfrutar sin medida, sin término y sin inquietud esta verdad y este bien, fecundan, digámoslo así, nuestra voluntad, para que conciba y forme un sentimiento divino que la impela incesantemente hácia Dios, como el dueño exclusivo y el dignísimo objeto de todo nuestro ser. Este sentimiento es el amor puro, el amor espiritual, el amor divino. Nada tiene este amor de comparable con el que nace de las afectuosas simpatías de la carne y de la sangre: es una llama pura y activa que consume todo lo terreno, que acrisola todos los sentimientos, que triunfa de todos los obstáculos, y que sobreponiéndose heróica y generosamente á todos los bienes precarios que el tiempo mide y la muerte destruye, produce en el hombre una verdadera regeneración, divinizando en cierto modo sus facultades y su naturaleza.

361. Ocupado exclusivamente de esta idea, el hombre vuelve sus miradas á la tierra, ve que es uno de los muchos que componen esta gran familia criada para el cielo, reconoce á todos sus semejantes por hermanos, é ilustrado por los oráculos divinos, se siente impelido por la religion y la naturaleza al amor de los otros; porque sabe mui bien que sin este requisito no puede tener á Dios un amor verdadero. He aquí la caridad en toda su extension, y por esto la definen: "una virtud teologal por la que amamos á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos." Es virtud, porque se sostiene á fuerza de vencimientos, constituye un hábito intrínsecamente bueno y se practica con mérito: es teologal, porque tiene á Dios por causa, por medio y por fin; porque solo él puede infundirla, solo su gracia puede sostenerla, y solo su union con la criatura puede consumarla. Por ella llamamos á Dios y le amamos sobre todo. Lo primero la distingue de las otras virtudes; lo segundo la distingue de las otras especies de caridad. Se ha dicho asimismo que amamos por ella al prójimo, como á nosotros mismos, para que se entienda, que ni el amor de nosotros mismos, ni el que tenemos á los otros reconocen otro principio ni otra causa suficiente, que el amor de Dios. ¡Admirable sabiduría! Todo se encuentra aquí en su número exacto, en sus relaciones esenciales y en su unidad perfecta. Nuestros semejantes no pueden aspirar á mas, que nosotros mismos; nosotros mismos no podemos rehusarles los títulos que tenemos á la felicidad; pero ellos y nosotros, seres contingentes, limitados, imperfectos, sujetos á las leyes de la creacion, subalternos en la escala de los seres, debemos inclinarnos, en cuanto somos y podemos, bajo la superioridad y perfeccion infinita de aquel, á quien esclusivamente tocan y pertenecen el ser, la gloria, la magestad, la independencía, como dice Bossuet (1).

(1) Oracion fúnebre de Enriqueta Maria de Francia.

Amarnos á nosotros mismos en el orden de la gracia; amar como á nosotros al resto de los hombres; amar á Dios sobre nosotros mismos, sobre todos los hombres, sobre todo lo criado, sobre todo lo posible: he aquí la lei universal, la caridad en su esencia, la legislacion en su fuente, la felicidad en su principio, en su medio y en su fin.

CAPÍTULO IV.

DE LAS RELACIONES NATURALES Y SOBRENATURALES DEL CULTO.

362. Despues de haber hecho una exposicion brevisima de las ideas que constituyen al culto católico, y hecho ver que todas ellas vienen á refundirse y clasificarse en la fe, la esperanza y la caridad, podemos partir de aquí, para considerarle colocado entre Dios y el hombre, como entre los dos términos de sus relaciones esenciales. El hombre se une á Dios en la tierra por su culto; y á medida que esta union es mas progresiva y perfecta, se adunan y estrechan mejor la razon y la fe, la voluntad y la gracia. Los grados progresivos de esta union corresponden exactamente á los que tocan el hombre y la sociedad en la escala sucesiva de su perfeccion política y moral; y esto nos basta para repetir con Montesquieu y todos los grandes pensadores, que la religion cristiana practicada, esto es, el verdadero culto, que al parecer no tiene mas objeto que la bienaventuranza eterna, produce así mismo la felicidad de esta vida.

363. Considerando el culto bajo estos puntos de vista, bien claramente nos manifiesta sus relaciones íntimas con la perfeccion del individuo y la prosperidad de los pueblos, su conformidad perfecta con las propensiones mas nobles de

nuestra voluntad, su identidad absoluta con el principio, los medios y el fin de la religion.

361. La fe, léjos de borrar ó suprimir una sola de aquellas verdades que la razon alcanza por sí misma, las ilustra, las ennoblece y las fecunda, disponiendo al entendimiento para descubrimientos y creaciones que no haria nunca por sí solo. La esperanza extiende hasta lo infinito el poder humano, consagrando sus prescripciones justas con una sancion eterna. La caridad une y estrecha el cielo con la tierra, afirma y perpetúa los vínculos que unen á la especie humana, consagra las conexiones domésticas, inscribe la indiferencia en el número de los crímenes, eleva el amor del prójimo al rango de las leyes, y dilata indefinidamente los espacios á la accion laboriosa de la beneficencia y de la humanidad. Todas estas aserciones son objetos de largos y profundos desarrollos; pero aquí no deben ser sino indicaciones generales: pues tocando estos puntos para introducirnos al tratado especial de nuestros deberes para con Dios, tendremos ocasion de desenvolverlos un tanto mas, cuando hablemos en particular del culto con relacion á su objeto y al sugeto, esto es, á Dios y al hombre, que como hemos dicho, son los dos términos de sus relaciones esenciales.

LIBRO SEGUNDO.

Del culto con relacion a su objeto.

365. Entendemos por objeto del culto el ser ó los seres á quienes debemos consagrar nuestros homenajes religiosos. Hablando en rigor, solo Dios es objeto de nuestro culto; pero como al tributársele debemos seguir el orden mismo que él ha establecido, es necesario hablar particularmente de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo, que es Dios y hombre, y de los santos, á quienes honramos en nombre de Dios, y relativamente á Dios.

CAPÍTULO I.

DE LA DIVINIDAD CONSIDERADA ABSOLUTAMENTE

366. Hablar de la Divinidad, como objeto de nuestro culto, es exponer lo que creemos acerca de su naturaleza, lo que esperamos en el orden de sus promesas y lo que amamos en el sistema de sus perfecciones; esto es, considerar á Dios, en cuanto Dios, como el objeto de nuestra fé, de nuestra esperanza y de nuestra caridad.

§. I.

DE LA DIVINIDAD COMO OBJETO DE NUESTRA FÉ.

367. Entre las cosas que debemos creer acerca de Dios, en cuanto Dios, hai unas que se conocen por la razon y la revelacion y otras que no pueden conocerse sino por solo ésta. Estos dos órdenes de verdades deben mencionarse aquí: porque ni las primeras por ser accesibles á la razon, dejan de ser objeto de la fé, ni los misterios por superiores á ella, dejan de ligar nuestro entendimiento con las prescripciones del Derecho natural, supuesta en la revelacion la evidencia de los motivos y la obligacion natural que todos tenemos de conocer y amar á Dios como él ha querido ser conocido y amado.

§. II.

DOGMAS ENSEÑADOS JUNTAMENTE POR LA RAZON Y LA REVELACION.

368. Estos se refieren á la existencia, á la esencia y á los atributos divinos. Bajo el primer aspecto debemos confesar que hai un Dios, que este Dios es único. Bajo el se-